

A las puertas del Concilio Vaticano II

¿Qué esperamos de la magna asamblea que la basílica de San Pedro acoge dentro de su recinto?

Contestar a esta pregunta sería tan complejo, que sólo recogiendo lo que se ha publicado ya, acerca del trabajo de las Comisiones preparatorias, podría dársele una contestación adecuada.

Pero nuestra pregunta y nuestra respuesta se cifien a un aspecto mucho más determinado: no al aspecto disciplinar, sino al orden de las ideas; y por cierto aun esto dentro de la zona abarcada por lo filosófico.

Hasta ceñida así la pregunta, nuestra respuesta sólo se referirá a algunas direcciones supremas, como es obvio, que no descendan a los innumerables pormenores que en sí llevarían entrafados.

Entendiéndolo así, algo podemos contestar; algo que sin duda expresaría el anhelo de muchos.

I.º Incremento intelectual

En el Concilio de Trento quedó patente cuánto se puede esperar de un Concilio como impulso para el incremento de la labor intelectual. Si se compara por ejemplo, la formación que recibiría el conjunto de sacerdotes antes de Trento, y la que empezó a recibir después de la ordenación tridentina de los seminarios, la comparación resulta de un contraste patente. ¿No podemos esperar también algo semejante ahora?

Muchos son los que todavía imaginan que las ciencias brotan por sí mismas, de repente, como hongos; pero no es así; porque las ciencias no existen: existen científicos, hombres, y los hombres, quieranlo o no, recibirán mil influjos de orden humano, psicológico, afectivo, práctico, moral, etc., influjos que hasta sin ponerse nunca en la categoría de «principio demostrativo» de las verdades científicas (entonces destruirían la independencia de la ciencia de que se trata) influirán sin embargo *psicológicamente* en el científico para que entonces él *busque* los «principios demostrativos» propios.

Así se ve por ejemplo constantemente en los llamados «positivistas», que hacen aspavientos ante la mera consideración de

que un científico pueda tener una filosofía; pero el hecho es que ellos mismos tienen todos «otra» filosofía, quizá subconsciente, quizá no sistematizada ni explicitada, pero bien real y presente en su psiquismo, a cuyos impulsos se deben muchas búsquedas inútiles porque se han hecho en direcciones sin salida, y muchos retrasos en las que salen fecundas, porque la mentalidad filosófica del científico no estaba bien dirigida. No sería nada difícil tomar los escritos del más cerrado positivista y señalar muchísimas actitudes que en el fondo son solidarias de principios que ciertamente no se demuestran de un modo positivo, sino filosófico. Bástenos recordar a Wittgenstein o a Whitehead, para señalar dos casos bien caracterizados. Nada digamos si se trata de un historiador, aunque tenga el merecido nombre de A. Harnak, porque muchas veces en ellos sucede que si rechazan un hecho, por ejemplo un milagro y dan interpretaciones que violentan los hechos se debe simplemente a que tienen en su espíritu un principio filosófico falso que no tiene nada que ver con los hechos históricos, como es el principio a priori de que no puede haber milagros.

Sin embargo estos mismos son los que después se escandalizarán y rasgarán sus vestiduras cuando oigan hablar de que un filósofo cristiano recibe influjos de su Fe: «¡Ya no habrá filosofía!» —claman. Pero al cabo de pocos minutos no tendrán inconveniente en admitir que es filósofo y tiene una filosofía digna de estudio, por ejemplo John Stuart Mill o Averroes, aunque es cierto que el influjo de su padre James para el primero, o el prestigio de su lejano maestro Aristóteles para el segundo, los empujaron psicológicamente estimulando la actividad filosófica de ambos. Y tanto es así, que hallar un filósofo sin ningún influjo de orden psicológico, que se ejerza sobre él a través de la lengua materna, de la educación, de la sociedad, de su propia conducta personal, de su moralidad, etc., es totalmente imposible.

¿Por qué, pues, los que trabajamos por la Filosofía Cristiana no podemos esperar que las ayudas extrínsecas que pueden provenir también del Concilio, sean un estímulo para que se *aprecie mucho más* entre nosotros el cultivo del acervo racional que, como preciosa herencia de tantos siglos de pensadores cristianos, hemos recibido y hemos de incrementar y transmitir?

II.^o *Actitud intelectual*

Siempre habrá una doble actitud: agruparse - extenderse; el vegetal agrupa con los elementos nutritivos, aquello que lo integrará; pero para expansionarse después: agrupación sin expansión, daría pronto una esclorosis de hipertrofia; pero una agrupación que no estuviese impulsada por una agrupación que ha concentrado fuerzas, sino por un mero afán de acomodación al ambiente, produciría el agotamiento y la muerte.

También se ve este fenómeno en el orden de la vida intelectual: se requiere un movimiento de integración, con que el viviente se reconozca deudor a sus propios principios vitales; sin ello pronto se desintegraría en una multiplicidad estéril; después se requerirá también como consecuencia del anterior, un impulso de conquista o expansión, que será beneficioso si es un desbordarse de vida, la plétora de principios conquistados, no un mimetismo servil de corrientes que le son extrañas.

Ahora bien, falta mucho, muchísimo en nuestra sociedad europea actual, para que se encauce debidamente este doble movimiento. En España nos falta también porque no son pocos los jóvenes sin formación y bobalicones a quienes basta cruzar las fronteras para deslumbrarse e imaginar que al volver van a descubrir por segunda vez el Mediterráneo.

¿No podemos esperar una ayuda del presente Concilio? Examinemos brevemente cada una de los dos momentos, integrador y expansivo, que hemos mencionado.

III.º *Movimiento integrador*

Hace falta; y hace falta urgentemente, porque así como hay daltónicos que son insensibles para el color rojo, otros para el verde, así hay dentro del orden de las ideas en el campo católico, daltónicos de la tradición.

Sólo perciben el color de «adaptación» a lo moderno; el color del «progreso»; el color del «éxito» ante el gran público. Pero como los perciben sin conectarlos con lo primario, que es «dentro de la tradición» propia de la Filosofía Cristiana, resultan una adaptación, un progreso, un éxito desequilibrados que acaban tumbando el árbol.

Es curioso observar lo que sucede en la vida vegetal cuando uno trasplanta un árbol. Para trasplantarlo con éxito, le corta a veces todas las ramas. Cuando el árbol recién trasplantado empieza a revivir en primavera, no produce en seguida ramas: nos parece que debería producirlas, porque no tiene; pero no hace así. Con la lógica interna que preside la vida, el vegetal empieza produciendo hojas y más hojas, a flor de tronco, de un modo que parece desordenado. ¿Por qué? Se comprende: le falta alimento, se asfixia; ante todo hojas; con ellas almacenará alimento, el que las hojas fabricarán. Es el momento integrador. Después, cuando ya esté con reservas, entonces vendrá el momento siguiente, el expansivo y producirá ramas, para el futuro crecimiento del árbol.

Lo mismo pasa en la vida interna de la marcha de las ideas en una sociedad: una expansión sin una previa integración, no es expansión de vida sino de muerte; no es adaptación dentro de la ecología vital, sino una desintegración mortal.

Ahora bien, es verdad que ha habido ocasiones en que se han señalado (por ejemplo en Trento, en el Vaticano I.^o) hitos decisivos para la integración de fuerzas, pero aun así queda mucha desorientación:

a) Muchas y amplias zonas de nuestra filosofía caen en el olvido, porque ya no se exponen; ni se estudian; y no se exponen ni se estudian porque los filósofos católicos temen chocar con el ambiente dominante en otras corrientes neo-paganas, hijas de revoluciones pasadas. Con esto caemos en un lamentable empobrecimiento doctrinal;

b) Por otra parte es preciso saber deslindar el núcleo fundamental, núcleo necesario (según ya hemos dicho en otras ocasiones, desde estas mismas páginas), formado por el conjunto de la «Sapientia Aquinatis», separándolo de todo aquello que, por muy respetable que sea, no es más que una cuestión discutible de escuela, en lo cual hay que comprender que puede haber varias sistematizaciones, que caerán también dentro del orden de lo probable. Si embargo se hace con frecuencia al revés: un filósofo considerará como punto fundamental doctrinas ciertamente discutibles, como son la individuación por la materia, la distinción real positiva entre esencia y existencia, o la materia prima del hilemorfismo entendida como pura potencia; en esto, sí, será tajante, absoluto; sólo cabrá una interpretación y una escuela, sin esto no habrá filosofía cristiana; y en cambio con la mayor naturalidad se proclamará fenomenólogo, o existencialista, o neo-positivista, o de lo que la moda y el prestigio de aquel preciso momento haga prevalecer en ciertos ambientes.

Es preciso que se termine este confucionismo: lo cierto, como cierto; lo probable, como probable; lo fundamental, en el centro de la Filosofía Cristiana; y lo problemático meramente como una ayuda subordinada.

Nos es urgente la labor de integración. Que cobremos amor a la tradición secular de la Filosofía Cristiana, que investiguemos el profundo sentido de sus tesis, que avancemos en su conocimiento, que a su alrededor cerremos el cuadro sin dejarnos impresionar por los prestigios de filosofías de un día, que duren exactamente lo que dura la vida de su autor, y que con él mueren, así como con él nacieron y vivieron.

IV.^o *Movimiento expansivo*

Integración no quiere decir inactividad, como tradición no quiere decir rutina. Cuando S. Pablo lanzaba ante el mundo greco-romano su nuevo mensaje, les proponía algo que ciertamente chocaba con la mentalidad pagana, era una posición opuesta; y sin embargo no fue a «contemporizar» en la doctrina para agradarles o para conquistarlos: sino que les propuso la verdad ante

la cual no hay «sí» y «no», sino solamente «sí» (2 Cor. 1, 17-19), aunque esto fuese un escándalo para aquellos paganos (1 Cor. 1, 21-23). Sin embargo esta absoluta fidelidad al mensaje que traía, no le impidió la adaptación allí donde ha de estar, en la presentación del mismo (Act. 17, 23).

Ahora bien, en esta labor de presentación, de enriquecimiento en los recursos de difusión, podemos hacer mucho. Como no se buscará la expansión a base de ocultar lo que desagrada al error; como no se intentará la conquista empezando por ceder, ceder, ceder siempre, sino afianzándose profundamente en el valor y en la verdad de lo que poseemos, de ahí nacerá (como ha pasado siempre en casos semejantes) el deseo incontenible de hacer a otros participantes del mismo tesoro, y por tanto el afán de presentarlo con todos los recursos a nuestro alcance.

V.º *Actualidad social*

Nuestro mundo vive bajo el signo de lo social. A medida que los progresos de la técnica y de la ciencia hacen asequible a un mayor número de hombres un más alto nivel de vida; y a medida que aceleran y multiplican asombrosamente las comunicaciones, se hace más difícil y utópico el aislacionismo de los hombres que vivieran como robinsones en su isla; y paralelamente se hace más imperiosa la comunicación con los demás y la cooperación para conseguir, mediante este trabajo mancomunado, mayor producción y reparto de bienes que hagan real el alto nivel de vida a que hoy día la sociedad puede aspirar.

Es así y en adelante cada día lo será más. Las tesis de la Sociología, que son patrimonio de la Ética filosófica cristiana, adquieren nuevas dimensiones con cada nueva generación. Juan XXIII con la «Mater et Magistra» lo ha confirmado mag-níficamente.

Es preciso que estas doctrinas desciendan al orden práctico con formulaciones cada vez más concretas, que hagan ver al mundo, que poseemos dentro de nuestra tradición filosófica principios que por ser altísimos, son también de hoy; y por ser verdaderos, no pueden caducar.